25. ¿Podrás pescar con anzuelo al Leviatán y sujetar su lengua con cuerda?
26. ¿Le meterás un junco en las narices o perforarás con un garfio sus mandíbulas?
27. ¿Acaso te hará largas súplicas o te dirigirá palabras tiernas?
28. ¿Hará un pacto contigo y lo tomarás como esclavo para siempre?
29. ¿Jugarás con él como con un pájaro y lo atarás para entretenimiento de tus hijas?
30. ¿Traficarán con él los pescadores y se lo disputarán los comerciantes?
31. ¿Acribillarás con dardos su piel y su cabeza a golpes de arpón?
32. Prueba a ponerle la mano encima; piensa en el combate y desistirás.

Job, 40

1. Tu esperanza se vería defraudada, con solo mirarlo quedarías aterrado.
2. ¿No es demasiado feroz para excitarlo? ¿Quién podría resistir ante él?
3. ¿Quién lo enfrentó y quedó sano y salvo? ¡Nadie debajo de los cielos!
4. No dejaré de mencionar sus miembros, hablaré de su fuerza incomparable.
5. ¿Quién rasgó el exterior de su manto o atravesó su doble coraza?
6. ¿Quién forzó las puertas de sus fauces? ¡En torno a sus colmillos reina el terror!
7. Su dorso es una hilera de escudos trabados por un sello de piedra.
8. Se aprietan unos contra otros, ni una brisa pasa en medio de ellos.
9. Están adheridos entre sí, forman un bloque indivisible.
10. Su estornudo arroja rayos de luz, sus ojos brillan como los destellos de la aurora.
11. De sus fauces brotan antorchas, chispas de fuego escapan de ellas.
12. Sale humo de sus narices como de una olla que hierve sobre el fuego.
13. Su aliento enciende los carbones, una llamarada sale de su boca.
14. En su cerviz reside la fuerza y cunde el pánico delante de él.
15. Sus carnes son macizas, están unidas a él y no se mueven.
16. Su corazón es duro como una roca, resistente como una piedra de molino.
17. Cuando se yergue, tiemblan las aguas y se retira el oleaje del mar.
18. La espada lo toca, pero no penetra, ni tampoco la lanza, el dardo o la jabalina.
19. El hierro es como paja para él y el bronce como madera podrida.
20. Las flechas no lo hacen huir, las piedras de la honda se convierten en estopa.
21. La maza le parece una brizna de hierba y se ríe del estruendo del sable.
22. Tiene cubierto el vientre de tejas puntiagudas, se arrastra como un rastrillo sobre el barro.
23. Hace hervir las aguas profundas como una olla, convierte el mar en un pebetero.
24. Deja detrás de él una estela luminosa, el océano parece cubierto de una cabellera blanca.
25. No hay en la tierra nadie igual a él, ha sido hecho para no temer nada.
26. Mira de frente a los más encumbrados, es el rey de las bestias más feroces.

Job, 41

Capítulo I: Por tu propio bien

«Y en la profunda oscuridad permanecí largo tiempo atónito, temeroso… Soñando sueños que ningún mortal se haya atrevido a soñar jamás.» La frase es de Poe y, por tanto, es cultura prerrevolucionaria y vetada. A veces leo a los viejos autores —escritores de ficción, poetas, filósofos…—, cuando la fortuna recompensa el riesgo de aventurarse en la búsqueda de lo prohibido, y en ocasiones siento una conexión que soy incapaz de establecer con mis compatriotas de los días de hoy que quedan encerrados por las infranqueables fronteras del viejo continente. Ninguno de ellos parece atreverse a compartir, en efecto, mis sueños. Y si así es, nunca lo revelerán, pues la policía política del pansocialismo lo controla todo. Pero si uno es capaz de ocultarse a su inquisitivo escrutinio, si uno se mimetiza con los demás sin dejarse absorber por la propaganda, entonces puede mantener algo propio, algo privativo, una sola cosa en su posesión personal: las ideas.

La oscuridad se está cerrando. Se está cerrando sobre la ciudad. Se está cerrando sobre el mundo. Se está cerrando sobre mí. El mismo manto de negras nubes que precipita una noche falaz y adelantada, que extiende sus tentáculos sobre la ciudad, que arrastra la sombra y cubre con ella sus dominios, está cubriendo la tierra entera y mi ánimo, anunciando una tormenta feroz que no consentirá cuartel. Pero la oscuridad que cubre un mundo sometido a un proceso de podredumbre, de necrosis de los tejidos que conforman un organismo que aún respira y se debate entre la vida y la muerte, no se extiende sobre mí por pertenencia a este lugar sombrío, sino por ajenidad.

He dejado de reconocer mi reflejo en las aguas tranquilas y estancadas de la tierra que habito. He dejado de reconocerlo en los rostros de sus habitantes. Donde quiera que voy, la soledad me acompaña y aguijonea mi corazón, como una maldición, y se convierte en el mayor de los tormentos de un mundo corrupto cuyas luces se han apagado para mí. He dejado de vivir para sobrevivir. Solo el tiránico instinto de autoconservación me ata a la vida, sin esperanzas, sin felicidad. Ya no atisbo la luz del día en el este.

¿Nadie aquí es capaz de ver la enfermedad que aqueja al viejo continente? Se está extendiendo como un cáncer, como una gangrena sobre su piel ennegrecida, hedionda, purulenta y agusanada, destruyendo todo a su paso, aun los mismos valores. Es repugnante, nauseabunda. Europa es un miembro enfermo en un cuerpo que aún conserva un atisbo de salud, de vida. El miembro que un cirujano amputa para salvar a un hombre.

Un trueno rompe mi reflexión. La oscuridad ya se ha cerrado. La expresión del cielo es iracunda, inclemente. Se abren grietas en la bóveda celeste, pero la luz no se asoma tras ellas, sino tan solo las primeras lágrimas de rabia. Y el viento se levanta más fuerte en cada envite, como un púgil que, derribado, se yergue una vez y otra vez más con implacable y fortalecida voluntad de campeón infatigable.

Pero el mal tiempo no intimida a la fervorosa multitud, que se ha reunido en el mastodóntico estadio y en sus alrededores: centenares de miles, millones de personas. Todas vistiendo los mismos colores, todas portando los mismos símbolos, todas coreando las mismas consignas. Colores, símbolos y consignas que se repiten por todo el estadio y sus alrededores: en la cartelería, las banderas, las colgaduras, las pantallas electrónicas, los uniformes de los cuerpos de seguridad, la vestimenta de los civiles y la de los líderes. Berlín es uniforme.

Innumerables carteles, banderas y tapices de color azul muestran una letra sigma mayúscula dorada en medio de un círculo de estrellas del mismo color con un lema debajo: *«Por tu propio bien.»* Los colores y la simbología del Partido y del Estado, ahora entremezclados, como las propias instituciones. ¿Dónde termina el Partido y comienza el Estado? Una de las consignas da una orientación clara: *«La mayoría es el pueblo. El pueblo es la Prospectora. La Prospectora es el Partido. El Partido es el Estado. El Estado es la familia.»*

«El Estado es la familia», repito para mis adentros. Ya no existe otra. El pansocialismo, como indica su propio nombre, es universalista, omnímodo, totalitario. Este carácter totalizador no se expresa tanto en un imperialismo expansionista que pretende hacer del virus una invasión global, una enfermedad que llegue a los más recónditos lugares del mundo, como en su pretensión de

invadir todos los ámbitos de la vida del individuo. Hasta que no podamos hablar propiamente de *«individuo»*. Porque el individuo no tiene derecho a existir por sí mismo, como un fin, sino tan solo como un medio, un miembro de un orden mayor que lo sobrepasa y controla. Utilizando la terminología filosófica medieval, el individuo es contingente, pero el Estado es necesario.

Distingo tres tipos diferenciados de asistentes. El primero lo constituye la masa, vestida invariablemente con pantalón o falda, camisa, cinturón y calzado formal de un color azul eléctrico, a lo que se añaden fulares o corbatas doradas. Todos llevan un elegante broche circular en el pecho, la insignia con la bandera patria.

El segundo tipo de asistentes son los líderes, sobre la plataforma erigida en medio del campo, que añaden al uniforme sus elegantes americanas de color azul. El tercer y último grupo es el de los miembros de los cuerpos de policía y seguridad, que llevan, por lo general, monos azules con botas, mitones y corazas del mismo color eléctrico. Portan intimidantes fusiles de asalto en las manos, fundas cruzadas a la espalda y pistolas enfundadas a ambos lados de la cadera, y ni las fundas ni las armas son diferentes en color a la vestimenta. Protegen sus cabezas con cascos azules de visera transparente. En el centro de sus petos se distingue muy bien una gran letra sigma rodeada de estrellas. Llevan bolsas y bolsillos en las piernas, cintura y brazos para almacenar material médico, antidisturbios y militar.

La policía, siempre omnipresente, hace un acto de presencia mayor, si cabe, a lo acostumbrado. Se acercan elecciones y el de hoy es el acto más importante y multitudinario que las precede. Se ha distribuido estratégicamente en las intersecciones de las calles, dentro de ellas y a distancias calculadas y uniformes entre cada agente, en las azoteas y ventanas, en las puertas del estadio y los edificios, en las escaleras, entre las gradas y entre la muchedumbre en el campo, siempre de manera equidistante, meticulosamente organizada. La disciplina es férrea, la organización perfecta.

Uno podría preguntarse qué sentido tienen unas elecciones en un país en el que se ha impuesto la uniformidad ideológica y la oposición a las ideas oficiales es catalogada y condenada como *«discurso de odio»* ilegal dentro del gran *«espacio seguro»* nacional, pero a uno más le valdría no preguntárselo en voz alta si quiere evitar que los agentes de la policía política se lo lleven para someterlo a un proceso de reeducación. Y, en realidad, los comicios tienen todo el sentido del mundo, porque la base del pansocialismo es la democracia.

El socialismo, en efecto y de manera previsible, ha evolucionado exitosamente desde el marxismo-leninismo, abandonando la dictadura del proletariado y abrazando la forma de gobierno que la contemporaneidad ha consensuado como legítima desde hace siglos —si es que la legitimidad puede ser consensuada—. El socialismo es el paradigma del superviviente darwiniano: no importan circunstancias ni entornos, su capacidad de adaptación es prodigiosa, y aunque es devastador para el propio medio en el que se desarrolla, siempre perdura.

El socialismo es el más poderoso de los parásitos: destruye completamente a su víctima y sobrevive en el siguiente organismo que invade. Subsiste una peculiaridad ante las diversas mutaciones —nacionalistas, internacionalistas, dictatoriales, democráticas, totalitarias, *«liberales»*, *«anarquistas»*— y disfraces: la víctima recibe siempre al parásito con optimista entusiasmo. El Canciller de Hierro, Otto von Bismarck, se asombraría grandemente de tal prodigio, como lo hacía otrora al observar España, el país que tanto tiempo llevaba tratando de destruirse a sí mismo sin éxito —tal era su fortaleza—. Pero España también ha desaparecido ya, porque España no era tan fuerte como el socialismo. Ni Alemania, Francia, Italia, Gran Bretaña, Austria, Polonia, los países bálticos y los balcánicos, los escandinavos ni los nórdicos, Bélgica, Holanda e Irlanda. Y con ellos, han desaparecido también sus culturas, sus lenguas, sus historias, sus tradiciones e identidades. Y solo queda la Unión Democrática Pansocialista Europea.

Un numeroso grupo de militares, cuyo aspecto no difiere en realidad del de los policías excepto por sus colores de camuflaje, se posiciona alrededor de la plataforma levantada en medio del estadio. Hay un policía por cada diez asistentes y un capitán del ejército pertrechado con una armadura completa y casco integral. No es una pesada armadura medieval de hierro o acero, sino una constituida por sofisticados elementos de fibra de carbono y materiales blandos en las zonas en

contacto con el cuerpo. El capitán bajo ella es imponente, superando holgadamente los dos metros de altura, de brazos como troncos de árbol, espalda ancha y una robusta y saludable constitución. Se sitúa bajo el atril de la tarima y, si parece idóneo para desempeñar su función como militar, es porque ha sido diseñado expresamente para ello.

Como la mayoría de líderes sobre el escenario, el capitán pertenece a la nueva especie de los *novsap*, y yo no soy diferente a él. Porque yo no he sido concebido, sino planificado, diseñado. Soy un producto de la ingeniería genética pansocialista, un *Homo Novus Sapiens*.

En ocasiones siento odio hacia mí mismo, conceptuado y traído a la vida como una herramienta del Partido y del Estado. Como los criadores que hacen selección artificial para crear razas obedientes y fieles de canes, el Estado me ha traído a la vida para ser un perro sumiso y leal. Y pese a todo y por alguna razón, en mi interior me rebelo a mi condición. ¿Quizá no constituya yo la excepción? ¿Invaden las mentes de la mayoría de habitantes de Europa, retraídos, silenciosos, las mismas ideas que la mía? ¿Es la naturaleza humana gregaria, o es individualista e insumisa?

Pero si la naturaleza del resto de hombres fuera similar a la mía, ¿cómo explicar la masiva participación en las elecciones y las consecutivas victorias del Partido? El veto a la oposición es exclusivamente ideológico, la democracia es sacrosanta. Un candidato o un partido puede presentarse a las elecciones contra los pansocialistas siempre que no exponga un programa e ideología discordante o, en resumidas cuentas, un discurso de odio.

Los pansocialistas vencieron primero en las elecciones antes de proscribir la libertad de pensamiento y expresión y, hoy, en una situación muy diferenciada, siguen venciendo a través de celebraciones con altas cuotas de participación. Quien controla la cultura, controla la política. Construye ideas y construirás sociedades. Destruye las que sean inconvenientes y las moldearás como te plazca.

Centenares de autodrones equipados con varias cámaras para grabar todo a su alrededor, sin ángulos muertos, surcan el cielo como pájaros mecánicos. Captan las imágenes y las transmiten a las antenas y servidores para que los espectadores puedan asistir vívidamente desde sus casas y los centros neurálgicos del resto de ciudades y poblaciones al encuentro, gracias a las tecnologías de la holovisión y la Interred. Por supuesto, solo los extranjeros pueden conectarse a la Interred. El Estado la utiliza como medio propagandístico, pero la cuarentena establecida para acabar con la nociva influencia exterior proscribe a los nacionales el uso de la realidad virtual conectada.

Una enorme pantalla se sitúa tras la plataforma de los líderes para transmitir las imágenes frontales a aquellos asistentes sentados a sus espaldas, y otras tantas se mantienen sostenidas en el aire por cables o por sí mismas, flotantes, en las calles de los alrededores del estadio.

Empieza a tronar violentamente: es el ruido de la artillería celeste que acompaña a sus andanadas, la percusión de una violenta melodía. Las brechas del cielo se están haciendo mayores, como bocas vociferantes, llenas de ira. El cielo se rompe, sus fragmentados pedazos caen sobre la multitud: el agua gélida de la tormenta. La fría lluvia empieza a caer a galones, el goteo previo ha dado paso a una caída torrencial. El viento es helado, poderoso y veloz; golpea a los asistentes y les arroja las gotas de agua oblicuamente, de manera que las cornisas y protecciones del estadio se tornan inútiles. Los rayos hienden de arriba a abajo un cielo que pronto cicatriza, y los relámpagos iluminan intermitentemente una oscuridad alumbrada también, siquiera tenuemente, por los faroles y focos dispuestos para ello. Los fogonazos a intervalos parecen una rápida sucesión de días cortos y noches largas. Pero ni el constante y caudaloso flujo de agua ni el beligerante viento consiguen apagar el fervoroso fuego de la multitud.

Y ahora un sonido más poderoso se sobrepone sobre el de los truenos, emitido desde los altavoces de los autodrones y desde aquellos, de mayor tamaño y potencia, que han sido dispuestos sobre el suelo o elevados sobre él, sujetos por cables y soportes. Y esta melodía sí provoca un breve silencio repentino entre la multitud, roto al instante, cuando esta empieza a corear el himno con energía. Y yo con ellos. Y no solo la prudencia me lleva a hacerlo, porque el himno es bello y vehemente. Me invade, me transforma. Mientras suena, yo también soy socialista. ¿Qué sensibilidad estética podría resistirse a su belleza propagandística? Todos levantan ambos brazos, muy rectos, y forman una sigma mayúscula (girada) con las manos unidas por encima de sus

cabezas, formando dos veces el gesto victorioso que utilizaba Churchill en su guerra contra el fascismo.

El himno anterior también era bello. Primero desecharon los versos de von Schiller, porque el mensaje quedó obsoleto y debía cambiar. Después acabaron con Beethoven, porque Ludwig van Beethoven es prerrevolucionario y, por consiguiente, corruptor e intolerable. No hay nada más peligroso que la cultura prerrevolucionaria.

Se impuso para nuestro himno una nueva letra que habla de igualdad y justicia, tal como si lo justo residiera en que todos los hombres fueran retribuidos de la misma manera al margen de sus méritos; de libertad y de solidaridad, tal como si un hombre atado a otros por la obligación pudiera ser libre; de fuerza y de paz, como si la segunda de sustentara en la primera; de prosperidad, de amor a la naturaleza y a la patria europea, tal como si la prosperidad fuera un estado natural y la patria un elemento del mundo físico en lugar de una abstracción humana; de tolerancia y uniformidad, como si la primera no requiriera de la diversidad. Y se entremezclan en sus versos violentos ataques contra los enemigos de Europa. Y a pesar de la violencia de la letra, cualquier ser humano con una mínima sensibilidad artística escucha el himno con deleite y se une a aquel canto con fervor religioso.

En aquel momento, en aquel lugar, mientras suena este himno, toda alma pertenece al Partido. Y es así también entre los pocos —¿quizá uno solo? ¿Es esa la minoría en la que me encuadro?— que habitualmente solo asistimos a este tipo de eventos para evitar levantar recelos y más que recelos al rechazar nuestras obligaciones.

Callan al cabo de unos minutos los altavoces y se vuelven a oír los truenos. El estadio sigue guardando silencio. Una figura se acerca al atril con paso firme, es una mujer sumamente atractiva. Su cabello largo, blanco como un glaciar que nace desde su frente, resplandece como la nieve iluminada por el Sol, como la luna llena cuando se engalana y sale a festejar en una noche consagrada a sí misma; su penetrante mirada de ojos grandes y púrpuras, color de emperadores y de las más bellas y singulares flores, atraviesa a las personas hasta alcanzar su corazón; su rostro es angular y sus facciones son finas, femeninas y simétricas; sus dientes perfectamente colocados y de un blanco casi brillante, como perlas, son parte de una boca que se tuerce a menudo en una sonrisa cautivadora. Sus labios son discretamente carnosos; sus pestañas largas, como su fino cuello de cisne. Sus pómulos están ligeramente hundidos. Y su tez es bronceada —no negra—, como la de un mestizo de un africano y una occidental. O la de una mujer centro o sudamericana. O la de un hombre norteafricano. O un indígena norteamericano, un asiático suroriental, un indio, un gitano...

Me reconozco en aquel rostro como si me mirara en un espejo: la misma belleza canónica y programada, los mismos ojos y el mismo cabello. Todo ello está hecho para diferenciarnos, porque dicen que somos mejores. Pero si nuestra piel fuera de un color diferente, pareceríamos monstruos, así que algunos rasgos recuerdan a los de las razas que han de desaparecer. Es un genocidio silencioso, sutil: sin campos de exterminio, sin fusilamientos. Pero los nuevos hombres se conciben en probetas, no en úteros, y si alguna mujer se queda embarazada de manera natural, es forzada a someterse a un proceso de *«reversión voluntaria del embarazo»*.

Hay belleza en los nuevos hombres, pero lamentaría que se perdiese la beldad de la diversidad. Hay aún cabellos que recogen el sol de mediodía en sus hebras, o la luz de un atardecer africano, el color de la tierra fértil, de la arena costera, de una noche sin estrellas. Y ojos que reflejan el cielo despejado de un día estival, las aguas de un estanque a través de las cuales atisbamos el verde lecho vegetal, el gris de un cielo plomizo y amenazante, el color de la miel o del café. Hay rostros de ébano, otros de blancura límpida, unos terceros de colores vivos y cálidos. Otros salpicados de pecas, como las hojas otoñales sobre un suelo cubierto solo a medias. ¿No sería tan desgraciada la pérdida de esos rasgos como la de la música de Vivaldi, la cinematografía de Kubrick, el arte de Miguel Ángel o la de la poesía de Homero que ya nos han arrebatado?

El nuevo hombre responde a tres motivaciones: la instrumentalización del ser humano bajo los hilos del Estado, la uniformidad y el fin del racismo y, por qué ocultarlo, la exterminación del hombre blanco y todo rasgo propio para expiar los crímenes de sus ancestros, como si de un pecado

original heredado se tratara. Por eso el nuevo hombre se puede parecer remotamente a otras razas, pero nunca a la blanca.

Con todo, nuestra líder es preciosa, extremadamente atractiva, embelesadora: alta y delgada como una lanza, su cuerpo parece el de la más bella e idealizada escultura de la Antigüedad, cuando el virtuosismo, el esfuerzo de aprendizaje y sus frutos, el trabajo constante y las proporciones significaban algo y todo en el arte, bello por serlo a imitación de lo más excelso de la naturaleza. Aparenta, y ciertamente es solo una apariencia, femenina fragilidad. Su ancha cadera se curva sinuosamente hacia su cintura estrecha. Se engalana con oro y zafiros, y su chaqueta está ribeteada con hilo áureo. Dios, qué bella es. ¿Dios? Negar su existencia era blasfemo antes, pero el sacrilegio ahora reside en concebirla. Primero se proscribió el culto de los cristianos, aunque se toleró el de los musulmanes para no pecar de xenofobia. El único dios ahora es el Estado providente, que merece toda nuestra veneración.

La edad de la Preceptora no importa, la sofisticada ingeniería genética hace que aparente siempre dorada juventud.

El mundo animal es impresionante y comprende portentos inimaginables, organismos terriblemente exitosos y apegados a la vida: están las repugnantes ratas, que pueden portar y contagiar decenas de enfermedades sin que ninguna se manifieste en ellas; las cucarachas, que pueden sobrevivir a una intensa radiación letal para los demás seres, o subsistir durante días tras perder literalmente la cabeza; están los tardígrados, que pueden sobrevivir en el vacío del espacio, ante altísimas presiones y ante temperaturas extremas; e incluso hay ciertos tipos de medusas que pueden revertir el envejecimiento biológico, siendo virtualmente inmortales.

La lideresa es como una de esas medusas inmarcesibles: sus células han sido programadas con genes impropiamente humanos para burlar el envejecimiento, para que no se detenga ni ralentice su replicación. Ha sido diseñada y creada por ingenieros genéticos como una líder perpetua. Verdaderamente es impresionante, ni siquiera la adelantada medicina americana es capaz de conseguir la inmortalidad. Pero la biotecnología europea es alquimia, es la piedra filosofal.

En cuanto a mí, no deseo un día más de vida, sino un fin precipitado. Desde que tengo uso de razón, nunca he comprendido el apego más allá de lo instintivo y biológico al mundo de los vivos. Toda dicha, todo placer, son transitorios, y se constituyen solo como bien en la medida en que resuelven nuestro estado de privación natural, imperfectamente y por tiempo limitado.

Los filósofos cristianos explican el mal, no como una creación divina, sino como una privación del bien, y así exculpan al Creador. Como el estado natural del hombre es en realidad negativo, quizá debiéramos decir realmente que el bien solo existe como privación de la privación, como ausencia de mal. Pero yo tengo un consuelo: a mí se me ha hecho más longevo y juvenil, no inmortal. No estoy condenado a una vida eterna de padecimientos, de sinsabores, de mentiras, de falsa esperanza. De hecho, es probable que el de hoy sea el último de mis días. Pero eso da igual.

En el futuro podrían cambiar las resoluciones del Estado, pero —en el presente— el miedo a una catástrofe malthusiana y la búsqueda de la creatividad para el desarrollo científico-técnico de la sociedad llevan a nuestros líderes a adoptar la resolución de fabricar seres humanos caducos y favorecer el relevo generacional. Y al producir seres más inteligentes y con mayor capacidad de aprendizaje, se acelera el desarrollo humano durante el periodo infantil para que un crecimiento precipitado convierta prematuramente al niño en un elemento útil de la sociedad. La consigna es erradicar la infancia al final. La vejez, como es inútil, se suprime también, de manera que la muerte sobreviene al novsap en una juventud aparente.

Empiezan a repartirse pastillas entre la multitud: píldoras con una alta concentración de alcohol, la única droga cuyo consumo permite el Estado. La única útil para la Unión. A los jerarcas no les importa reconocer que evitar el pensamiento es uno de los motivos: *«Pensar es alta traición. La razón es contrarrevolucionaria. La filosofía es corruptora.»* ¿Por qué se proscriben las demás drogas? ¿En la búsqueda del bienestar y la salud del individuo? ¿No habría de corresponder al propio individuo aquello, y decidir qué le conviene o qué no? No aquí, no en este tiempo. Pero la prohibición responde, eso es evidente, a consideraciones meramente prácticas. Lo que no es útil no debe permitirse.

El alcohol produce euforia en los consumidores, les hace olvidar sus problemas y motivos de tristeza y les ayuda a relacionarse socialmente, y a cambio solo pide el sometimiento de la conciencia, la suspensión del raciocinio y el abandono y entrega a la parte animal del alma humana. ¿Son perjudiciales estas cesiones? ¿No es el hombre un animal y lo más natural —y por tanto, lo bueno— que se rinda a sus instintos y compulsiones? Y en tiempos de progreso intelectual y social donde los animales reciben el mismo trato que los seres humanos, ¿no deben tratarse acaso los seres humanos a sí mismos y entre sí como animales? Así las cosas, el consumo de alcohol es frecuente, normalizado y socialmente aceptado, e incluso bien visto. Estas pastillas las proporciona con prodigalidad, como todo bien, el Estado, y los individuos abstemios, en buena medida por su influencia, nos hemos convertido en objeto de crítica y escarnio, y siempre estamos bajo el punto de mira de los reeducadores.

Y, por fin, la líder toma la palabra:

—¡Saludos, hermanos, fiel, amada y grandiosa familia europea! —saluda con una voz tan dulce como sensual, cautivadora. Tan cautivadora como firme. Tan firme como apasionada. Acaricia el oído, pero atrae y somete la voluntad. Mientras habla, realiza el saludo fraternal y oficial de la Unión.

—¡Alfa Sigma! ¡Alfa Sigma! ¡Alfa Sigma! —clama la multitud con una sola voz atronadora, gesticulando como ella.

Ya no hay nombres, solo códigos: un conjunto de letras de número variable del alfabeto griego para designar a cada ciudadano. Es mejor que usar códigos numéricos, pues solo hay diez dígitos posibles para cada carácter numérico y los códigos resultarían más extensos.

Un código de un solo carácter utilizando el alfabeto griego puede tener 24 formas, tantas como letras. Un código de dos caracteres, en cambio, tiene tantas formas como resultado da la elevación al cuadrado de 24, que arroja 576 resultados. Los códigos de uno y dos caracteres, por tanto, podrían identificar a 600 individuos diferentes. Y como el resultado se incrementa exponencialmente según aumenta el número de caracteres, los códigos no son excesivamente largos para el inmenso número de habitantes de la Europa unificada.

Los códigos que preceden alfabéticamente a Alfa Sigma (ΑΣ) no son utilizados, pues la Preceptora es la primera ciudadana del Estado y su código nominal, de hecho, no significa simbólicamente otra cosa que *«principio de la suma»*, esto es, del pueblo y del Estado.

—¡Gracias! Mi corazón está siempre con vosotros. Como preceptora vuestra, como jefa del Estado, no soy más que una hermana mayor velando por el bienestar de mis bienamados ciudadanos. ¿No es gloriosa la evolución de nuestra sociedad? ¿No es la más pacífica, altruista y unida que ha dado la historia? Es porque ahora la familia está en el Estado, como todo lo demás. ¡Todo en el Estado, nada fuera del Estado! —empieza su discurso la gran líder del pansocialismo, con palabras sentidas y abundante gesticulación.

—¿Qué bárbaro reaccionario podría oponerse a esta fraterna organización de la sociedad, donde todo ciudadano trabaja codo con codo con su vecino por motivos que han dejado atrás el egoísmo individualista del capitalismo? ¡Quien habla contra ella es un criminal despojado de valores! ¿Qué son los deleznables insidiosos que hablan en contra de nuestra gran familia, enalteciendo modelos obsoletos de convivencia como la pareja, la familia o la unión en una amistad limitada, interesada y egoísta? ¡Traidores, infiltrados! ¡Nuestra sociedad no engendra individuos tan degenerados! ¡Sin duda, detrás de esas máscaras no hay más que agentes del neoliberalismo fascista que gobierna el mundo! —acusa, soliviantando a la multitud.

No importa si los términos empleados son vacíos o contradictorios: el enemigo es el que se señala, y se denomina tal y como se señala. Y la multitud responde con insultos, gritos furiosos y gestos violentos: puños levantados, bruscos movimientos de sus brazos, dedos sobre el cuello fingiendo degüellos y manos fingiendo ahorcamientos, ceños fruncidos, ojos inyectados en sangre.

—Fuera de la gran hermandad europea, ¡la amistad es traición! ¡El amor es retrógrado! ¡La familia tradicional es contrarrevolucionaria! ¡Camaradas, no admitáis esas ideas en vuestra cabeza! ¡Estamos asediados por el enemigo, sus agentes se infiltran para socavar el pansocialismo y destruir nuestra sociedad! Son como gusanos dentro de una manzana, como ponzoña de serpiente en un

cuerpo sano. Nos debilitan para luego arrojarse sobre nuestros restos, ¡como aves carroñeras sobre una presa muerta!

»¡Es imperativo mantener la fortaleza! Nos rodea el enemigo, se escucha ruido de sables. Mientras los obreros europeos cultivan los campos, Paneslavia, los americanos, el Califato, los Estados Unidos de África y la *Commonwealth* encuadran a sus hombres en enormes y potentes ejércitos y los preparan para la guerra. ¡Pero los aplastaremos! ¡Como dedos de una misma mano, cerraremos filas para formar el puño que ha de caer con fuerza y aniquilar completamente a esos insectos! ¡Separados somos débiles, juntos somos fuertes! ¡Unidos vencemos, desunidos perecemos!

—¡Unidos vencemos, desunidos perecemos! —repite la masa.

Decir Paneslavia y Rusia es lo mismo porque, aunque ahora aspiran a convertirse en estado para todos los pueblos eslavos, los rusos no renuncian a la identidad de una nación centenaria.

En Rusia siempre ha habido un zar, incluso después de la caída de los Romanov, nada importa si su nombre ha sido Lenin, Stalin o Putin. Y siempre ha habido una autocracia, llámese comunismo o democracia. Los rusos son gregarios, como los nuevos europeos, y siguen a un líder omnipotente. Así las cosas, no sorprende que el fascismo haya resurgido en tierras rusas, organizando un estado imperialista en torno a la figura de un poderoso y carismático líder, el *«Padre»*.

Las peligrosas tensiones entre la República de Paneslavia y Europa se deben a las pretensiones de los primeros sobre los Balcanes. El odio y suspicacia mutua fortalece ambos regímenes, uniendo a sus pueblos contra un enemigo común —excusa muy apropiada para controlarlos absolutamente—. Están sumidos en una carrera armamentística que parece conducirnos inexorablemente a una guerra.

La *Commonwealth*, aunque mantiene formalmente su nombre, ha reforzado su unión política y económica en nuestra era de los grandes macroestados, movida más por intereses prácticos que por afinidades comunes. Sin embargo, sus estados del continente centro-meridional se han integrado en la Federación Africana. Como socialdemocracia de libertades más amplias que las europeas, el Partido la ha designado adversaria, y no escapa al entendimiento de muchos que las pretensiones de completa unificación europea de la organización tienen mucho que ver también. Sin embargo, y a diferencia de Paneslavia, la *Mancomunidad* no podría enfrentarse militarmente a la todopoderosa Europa unificada.

El siguiente enemigo exterior del pansocialismo es el más alejado ideológicamente y el mayor blanco de sus ataques: la Nación Libre Americana, surgida tras una dramática crisis económica y de la pacífica Segunda Revolución Americana como una anarquía de libre mercado en la que las corporaciones privadas han asumido el control de todos los sectores económicos, incluyendo los que antes copaba el estado. Incluso sus fuerzas policiales y militares, así como sus tribunales, son privados, pero todos se pliegan bajo las limitadísimas y escuetas leyes de lo que se ha venido a llamar de manera no demasiado correcta como Segunda Constitución, articulada en torno a los derechos a la vida, la libertad y la propiedad privada.

El equilibrio americano surge en torno a la cultura de respeto *«constitucional»*, el control de unas corporaciones sobre otras cuando estos principios son transgredidos y el rechazo de los clientes a sostener tribunales y agencias de seguridad que se sientan por encima de ellos.

Por otro lado, la mayor parte del continente centro-austral, siguiendo las tendencias panafricanas, se ha constituido como los Estados Unidos de África, en guerra contra El Califato, que controla una pequeña porción del norte. Los EUA, hastiados de la pobreza y el control de las potencias extranjeras, los tiranos locales y la guerra, decidieron adoptar un sistema político de gobierno muy limitado y han progresado económicamente de manera muy acelerada y espectacular.

El Califato es una teocracia bárbara que carece siquiera de la apariencia civilizadora de Europa, donde al menos la vida sigue respetándose, aunque esta sea una vida vacía a la que se le ha cercenado la libertad. Está aislado diplomáticamente del mundo y se halla en una situación formal de guerra con África, aunque esta ha quedado estancada por la incapacidad militar del Califato ante los ejércitos africanos y los mercenarios aliados de las corporaciones americanas, que han decidido no avanzar mucho más allá de sus zonas originales de control.

Los otros dos grandes macroestados son la Confederación del Sudeste Asiático o Sudasia, articulada en torno a China por estados generalmente autoritarios en lo civil y libres en lo económico, y la Federación Americana Bolivariana (FAB), que se extiende por el centro y sur del continente y con la que Europa mantiene una apertura relativa. Según la doctrina del Partido, la FAB no está tan corrompida ni sometida por el *«neoliberalismo fascista»* como el resto de naciones exteriores.

Hay una razón para que yo disponga de esta información en un país tan hermético, y de un cierto acceso a la cultura prerrevolucionaria —¡cultura! ¿Hay algo más genuinamente humano? Ni la razón es más propia del ser humano que la cultura, ni más restringida a los animales. ¿No hay simios capaces de desarrollar herramientas? Y sin embargo, no los hay cultos—, y se va a revelar hoy. No obstante, no será antes de que termine este discurso.

—Camaradas hermanos, este año necesitamos que nos secundéis en las elecciones más que nunca. ¡Se trata de estar preparados para una guerra en ciernes, pero también para la continuidad del desarrollo de una sociedad próspera y sin parangón, evolucionada y desarrollada hasta cotas que la humanidad jamás ha osado acercarse! Con este motivo, el Partido ha decidido proponer un aumento de las cuotas femeninas de participación en los asuntos del Estado: ¡para acabar con la discriminación machista, los privilegios de la casta opresora de los varones y para poner el último clavo al ataúd del abominable heteropatriarcado, el Ministerio de Demografía producirá nueve mujeres nuevas por cada varón nuevo traído a Europa!

Un sonoro aplauso y vítores suceden inmediatamente a la propuesta de incremento de cuotas. El aplauso es unánime, pero los varones miran al suelo, avergonzados, mientras prorrumpen en él. Es un acto de contrición necesario, para cuya persecución el Estado no ceja en su empeño de educación, recordándonos a los varones nuestra posición congénita de violadores y maltratadores. Siento un ramalazo de ira, jamás he tratado a una mujer como un maltratador o un abusador sexual.

Recuerdo lo que se me ha dicho secretamente sobre las cuotas, en conversaciones privadas que escapan a la vigilancia de la policía reeducadora, aunque no puedo saber si es verdad porque soy joven y no he vivido aquellos tiempos. Me dijeron que al principio solo eran de participación en las empresas privadas e instituciones públicas, para evitar la discriminación y el machismo. Parece inverosímil, ¿en qué mente racional cabe discriminar para luchar contra la discriminación y asumir un planteamiento machista —la inferioridad de las mujeres para lograr por sus propios medios lo que la ley quiere otorgarles— para combatir el sexismo?

Supongo que las primeras cuotas se impusieron junto a la custodia materna exclusiva, antes de que el Estado asumiera directamente la educación de los jóvenes. Quizá se impusieron junto al decreto de suspensión de la presunción de inocencia del varón ante denuncias de crímenes contra las mujeres —como una mirada o conversación juzgada *a posteriori* por la víctima como no deseada, crímenes intolerables de violación y violencia de género—, la esclavitud financiera y el despojo de los varones separados.

—¡Gracias, hermanos! ¡No es la única medida planificada para nuestro futuro próximo! En orden de mantener la paz social, la igualdad y el respeto en la convivencia, el Ministerio de Salud Sexual quiere decretar también una reducción de la frecuencia de emisión de los debidos permisos ciudadanos para mantener relaciones esporádicas heterosexuales. ¡No olvidéis que la heterosexualidad no es natural, sino una construcción social e instrumento de dominación del patriarcado! No se concederá más de una autorización administrativa para un mismo individuo en un lapso de tiempo igual o inferior a un mes natural.

»Las relaciones no heterosexuales seguirán sin estar sujetas a limitaciones mientras no adquieran carácter frecuente entre dos mismos individuos. ¡Se vigilará escrupulosa y diligentemente que la sexualidad no encubra una relación ilegal, antinatural y desviada de romanticismo! ¡Por vuestro propio bien no permitiremos engaños al Estado, solo él le debéis amor y fidelidad! —anuncia nuestra Preceptora, esperando, como es natural, los aplausos que suceden a su propuesta. Todo el mundo está de acuerdo también en seguir suprimiendo el romanticismo y la familia, y en vigilar los impulsos heterosexuales.

—¡Debemos defendernos, la guerra es inminente! El Ministerio de Planificación Económica será subsumido por el Ministerio de Guerra y la industria seguirá reconvertiéndose para seguir produciendo fusiles, corazas, overtanques, misiles, aerodeslizadores de combate, fortalezas volantes, vehículos de combate de infantería, poderosos y enormes buques, submarinos portaaviones, cazas, drones y bombarderos. Pero gracias a la encomiable y exitosa gestión de nuestros próceres, y gracias a la planificación demográfica integrada en el proceso de planificación económica, la producción de raciones alimenticias dirigida por el Ministerio de Alimentación no correrá peligro: no faltarán píldoras, polvo nutritivo para elaborar batidos ni inyecciones de suplementos.

»La gula y la alimentación carnívora son vicios inadmisibles y malvados. ¡El ser humano no vale más que el medio y especies que le rodean, esa es una pretensión arrogante! Por eso, hermanos, nos llena de orgullo anunciar la continuidad de la producción de alimentos sostenibles, y de proteínas y vitaminas totalmente sintéticas para asegurar la correcta nutrición, salud y crecimiento de nuestra gran familia.

»¡El Partido puede garantizar todo tipo de productos y servicios a los obreros! La producción de alcohol no se reducirá. El Ministerio de Educación seguirá construyendo centros de enseñanza mientras las prisiones siguen siendo desmanteladas. El Ministerio de Salud seguirá enfrentándose a la enfermedad, la muerte, la infancia y la vejez con su apuesta decidida por la investigación en materia genética. El Ministerio de Ciencia seguirá investigando, desarrollando e innovando en una puja decidida por el futuro europeo. El Ministerio de Infraestructura seguirá proveyéndonos con carreteras y vías de ferrocarril. El Ministerio de Cultura nos seguirá suministrando libros, música, cinematografía y arte recto e instructivo. El Ministerio de Vivienda se ocupará, como viene sucediendo, de que nadie queda sin hogar —continúa su discurso Alfa Sigma.

No habla de cómo el Ministerio de Salud deja morir a las razas inferiores para asegurar la hegemonía del novsap. El Estado las utiliza, pero evita desviar recursos a su supervivencia. Tampoco menciona el hecho de que el desarrollo tecnológico de otras naciones ha dejado obsoletas infraestructuras arcaicas como las carreteras y vías de ferrocarril. La cultura que produce el Estado hiede y me produce tedio, no es más que propaganda. Al menos algo es verídico: ya solo queda una prisión en uso, el país entero, y a nadie le falta una vivienda-celda bajo cuyo techo cobijarse —en realidad, es muy apropiado, pues así el Estado puede tener localizados y controlados a los ciudadanos—.

No hay prisiones como las de antes porque el proceso de reeducación es espeluznantemente efectivo para una persona en pleno uso de sus facultades mentales. En cuanto a los enfermos y disminuidos psíquicos… No se habla de ello, baste decir que no resultan demasiado útiles al Estado y, por tanto, no tienen derecho a existir, como los discapacitados físicos a los que no se les puede asignar tareas.

—Hermanos, ¿no os dais cuenta de lo afortunados que sois de vivir tiempos tan gloriosos? ¡Ninguna nación, en ningún periodo histórico, ha podido proveer jamás tal bienestar a los ciudadanos! Gritad conmigo: ¡Viva Europa! ¡Viva el pansocialismo!

—¡Viva Europa! ¡Viva el pansocialismo! —repiten los obreros alrededor de la abeja reina, levantando las manos para realizar el saludo oficial. Yo no: no soy una abeja obrera, ni un zángano como los que ocupan los altos puestos en los ministerios. Yo soy una abeja soldado.

Es el turno de los ministros para dirigirse al público. Casi todas son mujeres. De manera nada sorprendente para mí, los altavoces empiezan a emitir sonido de nuevo, pero no hay nadie ante el micrófono todavía. Es Beethoven, esta vez sí. Beethoven, gran amante de la libertad y aborrecedor de los tiranos. Suena junto a von Schiller. Surge un gran desconcierto, todos miran a su alrededor con nerviosismo. Contengo una carcajada de felicidad.

Las pantallas se apagan. Se vuelven a encender. La bandera de la Unión Europea aparece otra vez, pero hay algo diferente en ella: las estrellas se han convertido en eslabones rotos de una cadena dorada, la letra sigma es ahora una «a» mayúscula. No una letra alfa, sino la primera letra de una palabra cuyo origen es, por lo demás, griego también: *«anarquía»*. El fondo es ahora negro, no azul.

La policía empieza a moverse, tratando de apagar los monitores y los altavoces. La gente evita mirar las pantallas. Los *«camisas rayadas»*, los agentes del Ministerio de Educación, están en camino, lo sé.

Cuando niego la diferencia entre el capitán al pie del escenario de los líderes, ese patíbulo de la libertad lleno de verdugos, y mi propia persona, lo hago desde la literalidad absoluta: compartimos la misma identidad. Ordeno a mis hombres subir. Se espera que cerremos filas para proteger a los próceres del Estado. Se sospecha lo que yo sé con certeza fehaciente: la Resistencia está detrás de este sabotaje.

La bandera queda en un segundo plano, colgada detrás de un individuo muy reconocible: el enemigo público número uno del país, el terrorista Prometeo. Se presenta sin máscara ni miedo a ocultar su rostro, pues huyó de Europa años atrás y su paradero es desconocido. Su apariencia no es la de un combatiente ni un criminal, ni la de —lo que es, sin duda, peor— un político: lleva pantalones rojos, americana azul y una camisa celeste con rayas blancas, como si cuidase su aspecto de manera vanidosa y gustase de llamar la atención con colores llamativos y armoniosos, pero huyendo de formalidades. Es bien parecido, va afeitado, su cabello está bien cortado y peinado, su cinturón es del mismo color y tono que su calzado. Parece un amante de la mercadotecnia, un creyente de la religión de los mercados libres. Su voz empieza a escucharse con claridad.

—¡Salud, prisioneros del sistema! Me precede, no la fama, si no la infamia, pues se me ha convertido en vuestro enemigo irreconciliable. Mi nombre copa los titulares, mi rostro y la bandera que exhibo se han tornado en símbolos de horror, imágenes difundidas para identificar a un peligroso traidor y criminal que debéis evitar y temer. Veis mi cara difundida como la faz del enemigo público número uno, para que me deis caza y me entreguéis a vuestros propios captores. ¡Yo soy Prometeo, la mayor amenaza del Estado!

»¡Un velo de engaños cubre vuestro mundo! Vengo a presentarme, no como un terrorista, sino como el portaestandarte de la libertad. No como un monstruo, sino como un hombre. No como un enemigo, sino como un amigo que tiende la mano. No como un asesino, sino como un defensor de la vida. No como un extorsionista, sino como un consejero generoso. No como un psicópata insensible al sufrimiento ajeno, sino como un filántropo. No como el estridente chillido de la locura, sino como la voz de la razón. No como el ladrón de lo que os pertenece por legítimo derecho, sino como el garante. No como un traidor, sino como un hombre fiel a su propia causa y a la causa de la entera humanidad. No como un desertor, sino como un rebelde. No como un maleante, sino como un hombre de justicia. No como un mentiroso, sino como el delator de los traidores a la verdad. No como un belicista, sino como un mensajero de la paz. No como el defensor de los tiranos, sino como el de los oprimidos. ¡El de los esclavos, no el de los esclavistas! Vengo a llamaros a la revolución de los encadenados. Aquí rechazo todas las acusaciones y mentiras que se vierten sobre mí. Aquí me presento a vosotros. ¡Aquí declaro una guerra abierta y sin cuartel al Estado! ¡Aquí me levanto y os llamo a la insubordinación!

Un silencio sepulcral, no de respeto, sino de ominoso terror, de inquietud, de incredulidad, se ha apoderado de la multitud. La tormenta continúa castigándola. Los hombres contienen la respiración. La policía ordena a la muchedumbre que deje de mirar las pantallas y todos los presentes que aún fijan la vista sobre ellas la retiran con intachable obediencia. Se tapan los oídos a las órdenes de los fuerzas del orden. Se acercan los reeducadores. *«¿Quizá todo aquello es solo una escenificación perpetrada para identificar a elementos subversivos?»*, seguro que así piensan.

—Estáis cargados de cadenas: algunas os las han impuesto y otras os las habéis colocado vosotros mismos. Me refiero a los grilletes invisibles con los que engalanáis vuestra frivolidad y aprisionáis la mente: las falsas creencias, la pereza intelectual, la receptividad ante la mentira, la suspensión del raciocinio, la sofística en la defensa del instinto, la predisposición a aceptar lo cómodo y consensuado. Hasta que no os liberéis de la prisión que habéis construido para el intelecto, no os libraréis de la otra prisión que se ha construido para vosotros, superpuesta a la realidad, sin barrotes, pero limitada por los muros de las fronteras.

»Habéis acudido masivamente aquí, como un rebaño ante la llamada del pastor, para prestar vuestro apoyo a una dictadura y a su tiránica líder. Y más grave aún: en unos días acudiréis a las

urnas, adonde se os llama hoy, para revestir de falsa legitimidad a este monstruoso gobierno. Y tras mostrar los resultados del recuento del contenido de las urnas, donde no solo depositáis vuestra voluntad, sino también vuestra dignidad y derechos, así como los de los demás, os dirán que todos los atropellos que sufrís y sufriréis son de justicia, pues habéis otorgado un cheque en blanco a vuestros ministros.

»He aquí una verdad: los talones que entregáis son cheques sin fondos, sin un respaldo moral. Porque, ¿qué base, qué verdad subyacente hay en vuestra pseudofilosofía, la que identifica lo justo y legítimo con la voluntad de la mayoría? ¿Cómo podríamos decir que el bien objetivo, el de la humanidad, no el del individuo aislado ni el de los colectivos organizados, es este? ¿Que, a razón de su número, dos individuos pueden sentenciar legítimamente a otro a la privación de su vida, su libertad y su propiedad? ¿Es eso lo que llamáis moral? ¿Es eso lo que llamáis triunfo de la utilidad? ¿Utilidad para quién? ¿Y hasta cuándo? El que a hierro mata, a hierro muere. Y todos los privilegios que aceptéis hoy a costa de la violencia, opresión y latrocinio contra los demás, se volverán un día en vuestra contra, cuando un grupo más fuerte o numeroso reclame algo que tenéis y que ambicionan.

»La democracia, no importa la forma en la que se manifieste, y verdaderamente abrumadora es la manera en la que se ha articulado en este tiempo y lugar, como un estado colosal y totalitario cuyos tentáculos lo abarcan todo, es la forma pretendidamente civilizada en la que se manifiesta una ley de animales, no de hombres: la ley de la selva. No se trata ya de la supervivencia del individuo más fuerte a expensas del débil, sino del colectivo más numeroso, como una marabunta de hormigas que somete, destruye y devora a enemigos de mayor tamaño. Pero la talla superior de vuestros enemigos es intelectual. Por eso habéis destruido a los empresarios, a los trabajadores que rebasan los límites de la mediocridad y a los librepensadores. Y con ello habéis arrojado arena a los engranajes de la producción y de la evolución humana.

»¡Mírate, decadente Europa! ¡Te crees en la cúspide la evolución, pero has quedado paralizada en el tiempo! Mientras los europeos han dejado de engendrar a sus hijos para producirlos, para convertir al hombre en medio y no en fin en sí mismo, mientras se atreven a sostener que el suyo es el siguiente y último paso en la evolución del hombre, marcando a sus creaciones como reses o esclavos, con el violáceo en sus ojos y el blanco en sus cabellos, despreciando al resto de seres humanos, su desarrollo científico y tecnológico se ha estancado.

»Los vehículos de los civiles europeos circulan por la tierra, pero los de la Nación Libre se deslizan por el aire. Las europeos transforman a sus vástagos en esclavos mediante ingeniería genética, mientras que los hombres libres crean sofisticadas máquinas de inteligencia y habilidad sin límites para realizar sus trabajos. Las ciudades europeas se extienden sobre la tierra, mientras las norteamericanas se elevan por encima de la altura de la montaña más colosal, flotan y se deslizan sobre el agua, se sustentan y desplazan en el aire, se extienden bajo la superficie terrestre o se cimentan en el lecho submarino —continúa el antisistema.

Entre la muchedumbre, mientras el discurso prosigue, empiezan a abrirse paso unos individuos recién llegados mientras los demás se apartan respetuosamente para hacerles sitio, con inquietud reflejada en sus rostros y nerviosos movimientos. Su vestimenta y actitud, calmada y vigilante, los delata como los policías de la Agencia de Reeducación, que descienden también en pequeños aviones de aterrizaje vertical y helicópteros a los que la multitud cede espacio para que tomen el estadio y el centro de Berlín completa y rápidamente. Llevan inmaculados trajes y zapatos de color azul eléctrico y camisas de rayas verticales azules y doradas. Examinan atentamente a todos los congregados, dirigiendo la vista a sus alrededores, intentando localizar el más levemente sospechoso movimiento. El discurso del alborotador continúa emitiéndose entretanto.

—Es hora de que abráis los ojos hacia las verdades más elementales. Si la censura y el aislamiento forzado os ocultan parte de la realidad, dirigid la vista a todo aquello que escape de su control y manipulación. El conocimiento empieza con los sentidos, son vuestra primera aproximación a la verdad.

»Los sentidos captan las imágenes y la razón las modela y conecta. Un hombre privado de vista, oído, tacto, olfato y gusto es un hombre privado de la capacidad de conocer, y nada hay en el

mundo a lo que pueda dirigir su reflexión. El conocimiento no es un don divino ni natural, no es el resultado de la acción de una mente desconectada de los órganos sensoriales. No es innato ni gratuito, sino adquirido. Es el fruto de la experiencia.

»Nunca digáis: *«Los sentidos me engañan, cada hombre percibe la realidad de manera distinta y no hay una verdad subyacente a la que aferrarse»*. La consecuencia de este error es sostener que el bien y el mal no existen como absolutos, sino como relativos, que no existe una moral que pueda poner límites a nuestra voluntad en nombre del progreso y la felicidad de la humanidad; tal manera de pensar es inadmisible y destruye a las sociedades. Y así quieren que penséis los secuestradores de vuestra voluntad, porque si no hay mal objetivo, ellos no pueden encarnarlo. Y entonces el consenso de una mayoría sustituye a la verdad. Os dicen: *«No hay verdades universales»*, ignorando el hecho de estar sosteniendo una, la de la propia privación de tales.

»Embriagaos con el veneno que os suministra el Estado para haceros más dóciles y veréis objetos duplicados. Entonces diréis: *«Me engaña la vista porque veo dos donde hay uno»*. ¿Os engaña la vista? Preguntadle a un hombre sobrio qué es lo que ve y captaréis ambas partes de la realidad para tener un conocimiento completo.

»La visión doble le dice al hombre ebrio: te has intoxicado consumiendo un producto que tiene la cualidad de producir un funcionamiento anómalo en tu visión. Y así, el hombre ebrio, considerando el conocimiento experiencial del hombre sobrio, así como el suyo propio e hilando las imágenes sensoriales con el instrumento de la razón, captará los tres aspectos de la realidad: la existencia de un objeto material en su campo de visión, la visión distorsionada y doble como un efecto del alcohol y su propio estado de embriaguez. Y aunque hayáis captado diferentes partes de la realidad por separado, no podréis decir que los sentidos os engañan por ello, porque si así fuera, ¿cómo podríais sostener que los sentidos son engañosos, sobre la base de una herramienta de conocimiento inválida que habéis utilizado para declarar su propia invalidez?

»¿Qué os dicen a vosotros, pues, vuestros sentidos? ¡Destapaos los oídos! ¿Cuál es la primera palabra que oís de boca de un niño cuando empieza a articularlas? *«Mío.»* ¡Retirad la venda de vuestros ojos! ¿Qué impulsos observáis en la naturaleza? ¿Cómo se comportan los animales, aun los animales racionales, esto es, vuestros congéneres? ¿Acaso no hay tres valores más evidentes que los demás? Animales defendiendo su vida ante los depredadores. Animales defendiendo su libertad, rehusando el cautiverio y la dominancia de otros individuos. Animales defendiendo su propiedad, reacios a ceder su territorio y presas.

»¡Ah, pero el buen observador verá también otras compulsiones, otros comportamientos, otros instintos! Animales sometiendo a otros, animales apropiándose violentamente de las posesiones de sus congéneres, animales segando vidas. Y se dará cuenta de que se destruyen los unos a los otros en un fútil intento de supervivencia, pues cuando solo el más fuerte sobrevive, lo hará únicamente hasta que aparezca otro que pueda derrotarlo.

»La plenitud, y en buena medida la supervivencia de las criaturas, no radican en su violencia, sino en el ímpetu con el que se aferran a la vida, la libertad y la posesión, los únicos instintos que no se superponen entre sí ni sobre los demás.

»Y es mérito de la razón, el don exclusivo del hombre, el más valioso de los regalos que la naturaleza entregó a ser viviente jamás, aprehender estas verdades y conducir al ser humano a un pacto por su mutua supervivencia y progreso: el de la paz. Así nacieron los derechos reales, los racionales, los que se levantan como murallas que delimitan el alcance de la voluntad y se interponen entre la violencia y el instinto y la vida, articulándose en leyes que solo los garantizaban a quienes se adscribieran a ellas, absteniéndose del inicio de la violencia. Por convención se dice que son el derecho a vivir, el derecho a la libertad y el derecho a la propiedad y, sin embargo, propiamente solo hay que hablar de uno: el sagrado derecho de propiedad. Porque el derecho a vivir y a hacerlo en libertad es el derecho de propiedad de la psique sobre el propio cuerpo.

»Entonces aparecieron los tiranos y pervirtieron los conceptos, revistiendo el instinto de falsa racionalidad. Establecieron falsos ídolos: falaces derechos incompatibles entre sí y que socavaban el

genuino derecho de propiedad. Y establecieron diferencias entre los hombres, separándolos en privilegiados que poseían tales derechos y oprimidos que no.

»Crearon leyes paralelas, desprovistas de la virtud original. Sistematizaron e institucionalizaron la violencia, construyendo jerarquías desde arriba y sometieron a los ciudadanos a los designios de los jefes de la organización política. Esta es la génesis de los estados: instrumentos de dominación que dividen a la sociedad entre amos y esclavos, entre productores y ladrones, entre asesinos y asesinados, entre víctimas y victimarios.

»¿Seguís sin creer en la existencia del mal? ¡Mirad a vuestro alrededor! Existe una lucha en el universo que comienza y termina con el propio hombre, la única que importa: el bien contra el mal, la razón contra el instinto, la producción contra la destrucción, la moral contra la devastación, la felicidad contra la desdicha, la involución contra el progreso. Y esta lucha se reproduce a todas las escalas y en todo lugar donde un hombre pugne por sobrevivir; su destino depende de si es capaz de vencer a su naturaleza animal y abrazar la razón o, por el contrario, es demasiado débil para ello, en cuyo caso la humanidad está condenada inexorablemente al fracaso.

»¡El mal anida en la negación de lo que os hace humanos y felices! ¡No renunciéis al amor, la familia ni la amistad! ¡No renunciéis a dejar algo atrás y a darle un sentido al sufrimiento vital! ¡Amad de verdad, no como los animales! ¡Comprometidos no solo física, sino espiritualmente! El placer corporal es limitado e insaciable, la paz del espíritu por amar y ser amado es infinita. La cópula nunca fue amor. La amistad nunca fue ciega a las necesidades y el padecimiento del amigo. El Estado nunca fue familia.

»¡Despierta y escoge bando en esta guerra, Europa! ¡Tu tiempo se está acabando! Aquí concluye mi mensaje, pero aquí empieza también tu respuesta —termina su discurso el agitador.

Las pantallas se apagan y los altavoces enmudecen, pero el mensaje ya ha sido entregado. Los reeducadores siguen observando cada movimiento de los congregados, atentos a cada palabra que pueda salir de sus bocas como respuesta a lo que han escuchado. Sí, aquí comienza también mi respuesta. Giro sobre sí mismo y quedo frente a la líder del Estado.

—¡Sic semper tyrannis! —gritó con todas mis fuerzas, como los asesinos de César y de Lincoln, y aprieto el gatillo de mi fusil.

No ocurre nada. Mi arma no genera el haz de luz mortal que debía unirnos y arrebatar el aliento a la dictadora.

Me han descubierto, lo han sabido todo este tiempo, no he podido ocultar mis intenciones al monstruo. Los agentes del Ministerio se dirigen a la plataforma mientras mis subordinados armados me rodean. Recibo un tremendo golpe con la culata de un fusil sobre la boca del estómago y expulso el aire de mis pulmones con un quejido. Doblo la rodilla sobre el suelo tras notar una fuerte patada en la corva. Los golpes se suceden. Y de repente, todo se pone negro. La oscuridad se ha cerrado.